

Buenos días a todos.

Gracias señor rector de la UNAM, José Narro Robles, y gracias también a quienes nos acompañan en esta inauguración, rectores Victor Pérez Vera, de la Universidad de Chile, e Ignacio Mantilla Prada, de la Universidad Nacional de Colombia; Pedro Henríquez Guajardo, director del Instituto Internacional para la Educación Superior en América Latina y el Caribe de la UNESCO; Roberto Escalante Semerena, secretario general de la Unión de Universidades de América Latina; Rafael López Castañares, Secretario General Ejecutivo de la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior de México, Imanol Ordorika Sacristán, Director General de Evaluación Institucional de esta Universidad anfitriona; los expertos, los especialistas, los profesores, en fin, todos los que compartimos, desde distintas perspectivas, una pasión común por la educación superior.

Doy por descontado que iniciamos en este momento dos jornadas de intercambio inteligente y productivo, que estará atravesado por controversias pero, a la vez, por la búsqueda de puntos de articulación de esas diferencias para el establecimiento de nuevas perspectivas y, si somos exitosos, de modelos abiertos, flexibles, renovables e inclusivos de medición de la calidad educativa.

Es cierto que las universidades de América Latina estamos en queja frente a algunos criterios de valoración que nos colocan en posiciones de baja visibilidad en esa enorme y múltiple constelación internacional de instituciones de educación superior.

Pero es más cierto aún que *no es* para hacer oír nuestras quejas que hemos organizado este Encuentro, sino que lo hicimos con un objetivo estratégico de mucho mayor alcance, un cambio en el paradigma de la producción y transferencia del conocimiento que, mediante la inclusión de nuevas variables, genere beneficios sustentables para el mayor número posible de universidades en todo el mundo, y no sólo las de América Latina.

Apostamos, entonces, a que no sea esta una mesa de reclamos sino lo contrario, una mesa de propuesta de nuevas visiones y experiencias, que no necesariamente habrán de antagonizar de un modo mutuamente excluyente con otras visiones, sino que producirán, hasta donde sea posible en el escaso tiempo del debate, una síntesis ampliada y un nuevo mapa de ruta para comprender mejor los temas de calidad, en sus variables epistemológicas, pedagógicas, sociales y éticas.

Esa apuesta, señoras y señores, no proviene de un deseo voluntarista sino de la experiencia breve pero intensa de los años recientes:

Nos hemos encontrado, en paridad de jerarquía, de solvencia científica y de respeto, en centenares de foros de cooperación, donde hemos abordado asuntos de interés universal y con una agenda inagotable, que incluye asuntos de tecnología, economía, salud, derecho y sociedad.

Del algún modo, podemos decir que cada semana, en algún lugar del mundo, se encuentran los rectores de las universidades que ocupan el lugar 10 y el lugar 300 del ranking internacional para abordar un asunto de interés común.

Que a toda hora hay investigadores universitarios de todos los continentes cotejando información y casos en coloquios aúlicos o en encuentros virtuales; que en esos mismos días y horas hay profesores de todas las latitudes consultándose sobre nuevas herramientas didácticas.

Y por sobre todo, lo que verificamos cada día, y a pesar del prestigio superficial que tiene el conocimiento especializado y fragmentado, la mirada transdisciplinaria y compleja se ha tornado, ya no una elección, sino una necesidad imperiosa.

En el mundo formal, estimados colegas, los indicadores y los puntajes nos ponen distancia, pero en el mundo real nos acercan los problemas.

Porque los problemas son inevitablemente globales, aún cuando los síntomas o los efectos tengan predominios locales o regionales. En lo que Ulrich Beck ha llamado "sociedad de riesgo", las nuevas amenazas son geográficamente más difusas: desempleo, huracanes, acciones terroristas, accidentes nucleares insuficiencia de agua potable, nuevas epidemias, déficit de vivienda, delitos económicos complejos o especulación con el precio de los commodities, son asuntos que no reconocen fronteras.

El estudiante de cualquier universidad del mundo, esté en uno u otro extremo del ranking, se va a enfrentar cuando egrese con problemas que hoy no se conocen, algunos de los cuales ni siquiera se imaginan.

Cuando los problemas cambian, la educación superior cambia también, el concepto mismo de investigación cambia, y cualquier sistema cerrado y en un ilusorio equilibrio, en nuestra disciplina, se convierte en una ficción: nuestros diplomas, los del norte y los del sur, podrían valer en un futuro cercano lo mismo que un cheque sin fondos.

Por eso, colegas, porque llevamos algunos años cruzándonos en muchas ciudades del planeta para discutir asuntos globales, de igual a igual, muchas veces con la ayuda de intérpretes, venimos a decir que la cuestión del ranking también es global y que, por lo tanto, es imprescindible que se nutra de las diversidades locales y regionales.

Y aquí reside la cuestión central: La respuesta a qué es ciencia, qué es innovación, y cuál es el resultado social de la investigación dejó de ser única y homogénea, para ser una respuesta múltiple orientada a las realidades sociales. El éxito de un modelo educativo ya no puede restringirse al éxito profesional de cada graduado, sino al grado de transferencia de conocimiento, medida en calidad de vida, a cada sociedad.

Esta es mi propuesta, mi oferta, en representación de la casi bicentenaria universidad de Buenos Aires, y espero con ella interpretar la oferta de mis colegas de América Latina, oferta que – permítanme decirlo con total inmodestia – tiene respaldo académico, científico y social, o sea, es un cheque que no va a ser rechazado por falta de fondos.

Muchas gracias, y les deseo un intenso y provechoso trabajo.